

escultórico, y no la «calidad» de la misma, para tonificar engañosamente la pobreza de su concepción espiritual.

La escultura, nos ha dicho con lo mejor de su muestra José Planes, no es una tarea que comienza en el bloque y termina en la forma viva de la estatua. La escultura, según ha demostrado en la medida de sus fuerzas Planes, es esa palabra o esa espiga totalmente llena de idea o de trigo por la que se consagra eternamente aquello que tiene en cierta manera un afán de eternidad. Quiso indicarnos este murciano, en quien lucen considerables virtudes escultóricas, que esta palabra la conquista la herramienta cuando el vigor del escultor no se contenta con plasmarse en una destreza aparente; en una suavidad formal atractiva; en una evidencia que se tiene en pie por la condición natural de la materia sobre que se levanta. Y que, por el contrario, se anega en la materia donde el plástico la busca, cuando el mismo, con tal de cobrar un pez formal cualquiera, llama escultura a esa metáfora pétreo en la que generalmente se corporiza la desolación del mediocre escultor.

Si José Planes no tuviera un gran concepto de lo que la escultura supone, su escultura, cada vez más lograda e instalada hoy, con la excepción de Clará, entre lo mejor español contemporáneo, aludiría a la idea abstracta origen de la escultura desde un terreno de cosas metafóricas. Como José Planes, por el contrario, tiene muy claro su objetivo y a él se dirige, con realidades esta vez considerables, la desnudez, la depuración formal, la sencillez eficaz y vigorosa, son los resultados de estas cuatro esculturas a que nos referimos con mayor interés. Nuestro escultor oyó hablar—como todos oímos—de que la escultura «sintetizaba» grandiosamente la verdad que la nutre. Pero intentó «significar» la misma. Quiso «singularizar», por la robustez y lo vigoroso, esa profunda verdad trascendental. Hasta ver bien claro en su quehacer y para tareas escultóricas ulteriores, que no significa o singulariza una verdad grandiosa y genérica la escultura que quiere, sino aquella que, consciente y responsable de su función mítica, representa, más que a una verdad vigorosa, al vigor humano, por el que la intuición escultórica del artista se hizo verdad.

Suele la escultura falsa medirse por la referencia a un plano

que la escolta y la ampara. Debe la escultura plena tener la suficiente grandeza para referirse al espacio, y mostrarse libre y ordenada en su augusta plenitud. Cuando José Planes conseguía—época «vanguardista» de la que, sin embargo, dada la pasión con que estaba acometida, no debe avergonzarse—realidades escultóricas «singularizadas» por un expresivismo originalista, no hubiera podido dejar sus estatuas en un descampado, por temor a que, por falta de redondez y plenitud, éstas se hubieran suicidado, convirtiéndose en ruinas. En este momento que José Planes encuentra la palabra escultórica, mítica, para encenderla con su vigor y justificarla con esa grandeza de la que desde el momento de su nacimiento la escultura es eterna representante, José Planes muestra sus cua-

tro hallazgos temporales a los cuatro vientos, y nos dice, a quienes los elogiamos, porque lo estimamos justo, que escultura es todo aquello que siendo signo, cifra, hito, hace bueno el verso de Antonio Machado, según el cual «hay cifras que son fechas»; hay esculturas que no tienen rubor en sentirse, porque jalonan con su desnudez absoluta el tránsito de la verdad viva a la verdad verdad.

Si se nos apurase para concretar en definitiva lo escultórico, sería conveniente insinuar que «escultura» es la libertad conseguida por una idea al cobrar cuerpo en una presencia plástica impar. José Planes, en aquellas por nosotros marcadas, tiende a ejemplarizar este sencillo concepto. No trata de que su idea «ricce» la materia definitiva, con el fin de evidenciarse en ella como una alusión más o menos rica. No intenta que la materia sea palabra «movida» por el viento supuesto de una



Desnudo

idea escultórica vulgar. Sino que, aprovechando la gran confianza que como un noble artesano tiene con el barro, infunde al material con que trabaja todo el ritmo, todo el ímpetu, toda la nobleza de su concepción escultórica. Para que lo mejor de sus esculturas, que eternizan además cierta esencia popular, ibérica, consagre, por el camino único de este arte, esa palabra redonda en la que, remansada la idea a que se debe, no es nunca—fijémosnos bien—acta de acontecimiento o hito de suceso, sino cuerpo de verdad a una luz abstracta, en que el entusiasmo plástico y la verdad artística adquieren una vigencia supraterrrenal.